

Editorial "Los Amigos del Libro"

Cuento de Otoño

Raúl Teixidó

Cuento de Otoño es la historia inmaculada de una "indiscriminada" víctima de los avatares de la vida. He aquí el epílogo

Recordar una cosa significa -en el preciso momento de hacerlo- verla por primera vez
(Cesario Pavese)

Alejarme de la capital había sido mi único objetivo que me decidió a pedir mi traslado. De ese modo llegué a Calviá, que bien pudo ser cualquier otra ciudad de provincia con un puesto vacante para un profesor de mi asignatura.

Me interesaba, por encima de todo, algo similar a un relativo "anonimato" (como el que suelen buscar los sujetos de pasado oscuro o problemático) que sólo podía proporcionarme un entorno profesional inédito, en el que nadie pudiera imaginar ni remotamente la causa que me impelia a huir de mi mismo (sin salir de mi propio encierro), convertido, desde hacía ya largos meses, en punto menos que un fantasma en el mundo de los vivos.

Calviá, aquella hasta entonces desconocida ciudad del interior del país, de una severa y casi tosca sobriedad, pasó a ser escenario de una nueva (?) etapa de mi existencia, reservada y distante en mayor medida de la habitual. Actitud a la que nadie pareció conceder especial importancia (casi un alarde de discreción, muy de agradecer) en parte debido, supongo, al eficiente trabajo que vino a corroborar las buenas referencias que figuraban en mi expediente académico.

Durante los primeros meses del curso, logré una más que aceptable sintonía con el nuevo alumnado, resolviendo a la vez, con relativo éxito, el importante tema de mi "tiempo libre" (paseos, desplazamientos a la capital, etc).

Me limitaba pues a deambular por ciudades de nombres extraños, sin que su decadente atractivo llamase mi atención, visitaba sitios pintorescos simplemente porque me veía rodeado de gente atareada y satisfecha que adquiría *souvenirs*, curioseaba las tiendas en las que nada concitaba mi atención.

Por la noche, extenuado en cuerpo y alma, a menudo sin haber pronunciado una sola palabra durante el día -excepto para darme a algún camarero en un idioma que no era el mío-, volvía al hotel, tomaba un par de somníferos y me hundía en el aparente sosiego de largas horas de sueño.

Nunca volvería a ser el de *antes de Inmaculada*, ni a disponer de otra oportunidad de llevar a cabo un plan casi perfecto de realización personal, acorde con los merecimientos intelectuales que se me atribuían y las circunstancias que, en un momento dado, parecieron inmejorablemente propicias para intentarlo.

Sin embargo, transcurrido el primer año de mi voluntario exilio, mi imagen se me iba antojando algo menos patética y descompuesta que la de superviviente en fuga hacia ninguna parte que una tarde de septiembre puso pie por vez primera en Calviá.

El labor docente era apreciada y eso me incentivaba a dedicarle muchas horas, con la perspectiva, ya expresada, de contribuir a formar lectores con criterio propio y quién sabe si incluso a orientar en sus primeros pasos literarios a algún futuro poeta o narrador local, que el día de mañana me recordaría con gratitud.

El trabajo, concienzudo, y el tiempo libre de fin de semana, bien empleado, producían en mí un efecto levemente desestresante. No podía considerarlo *bienestar* en la cabal acepción de la palabra, sólo algo semejante a un estado de "convalecencia", estanco, impreciso, que por su propia naturaleza jamás desembocaría en un completo restablecimiento, extremo que no ambicionaba alcanzar en absoluto, las heridas del alma nunca cicatrizan por completo, ni mucho menos desaparecen, pues son parte de nosotros mismos, relazos de historia personal, un día quizá grises o desvaídos, como fotografías de un viejo álbum.

Inmaculada Santos vivía en mi recuerdo y continuaría haciéndolo: me había acompañado durante un breve



tramo de mi existencia (el más luminoso y esperanzador, gracias a ella), haciendo allorar en mi espíritu la ilusión y la fantasía, ausentes durante mucho tiempo en mi vida. El resto, importaba muy poco.

Había empezado a comprender ya por otra parte, que sólo el paso del tiempo disipa el temor de enfrentarnos todos los días a nuestra propia mirada y bajar los ojos avergonzados. Para eso hacía falta únicamente que los días se fueran convirtiendo en largos meses y éstos, en años, hasta que por fin seamos capaces de asimilar la paradoja de sentirnos como lo que en verdad somos: un vacío repleto de memoria, una memoria que siempre *estará ahí* hasta el último de nuestros días terrenales, pues ésta es a nuestra vida interior lo que la sombra a cualquier objeto animado o inanimado del mundo real.

Y que cuando perezcamos, consecuentemente, tendrá lugar una doble muerte, simultánea: la del cuerpo que no es de lamentar, tanto si lo teníamos saludable o viejo y estropeado, y -la más ardua de aceptar- la de la mente y el espíritu, es decir, la de toda la "sabiduría" que logramos atesorar a lo largo de una vida de errores y aciertos... Agrídule, valioso fruto, desvanecido en unos segundos, como la llama de una vela.

En otras palabras, el *olvido total* -el nuestro propio respecto a la persona que fuimos, dado que dejamos de existir- y lo más triste y desolador, *el olvido de nosotros en los demás*. Se ha dicho muchas veces, con razón, que continuamos vivos mientras alguien nos lleve en el recuerdo: pensamiento reconfortante, sin duda, al que es menester recurrir de vez en cuando, en momentos de tristeza, puesto que ignoramos, por fortuna el instante en el que aquellas personas gracias a las cuales disfrutamos todavía de ese peculiar modo de *existir* fallecerán, a su vez, rubricando con su muerte nuestra definitiva desaparición...

Al cabo de tres años de docencia en Calviá, tuve la opción de retomar a la capital y dictar clase en mi antiguo colegio, pero decliné el ofrecimiento.

Sentía que, en cierta medida, estaba en deuda con aquella ciudad, extraña y familiar a un mismo tiempo, y que había terminado por "aceptarme" tal como era, incorporándome a su infatigable dinámica.

Abrigaba la impresión, por añadidura, de que si continuaba viviendo del modo en que había aprendido a hacerlo durante todo ese tiempo, es decir, estoico y ajeno a compromisos de cualquier orden (sociales, afectivos, etc.) en resumen, todo aquello que se conceptúa como "razones para vivir" -de hecho, pueden llegar a serlo- el aleve destino me dejaría finalmente en paz. ¿No me había causado ya el mayor perjuicio imaginable?

Desprovisto de ambiciones, sin objetivos a corto ni mediano plazo (me bastaba el diario cumplimiento de mis deberes), inmune, en pocas palabras, a sus mortíferos zarpazos y, por lo demás, definitivamente instalado ya en el otoño de mi vida (no demasiado lejos de la execrable y repulsiva vejez que le sucedería), me confortaba, no obstante, pensando que pronto también yo me haría acreedor al regalo más valioso de la naturaleza: nuestra condición de *seres perecederos*.

Afortunadamente, pues, un día no demasiado remoto, el tiempo completaría en mí su obra maestra a través de la suprema y liberadora mutación de la muerte, que a todo y a todos reduce a polvo y silencio sin memoria.

• *La vida que en algún momento no parezca un sueño, no merece vivirse.* (Jacques Prévert).

• *Había en sus mejillas las rosas del mediodía de su vida.* (Edgar Allan Poe).

• *Ni aquí, ni ahora, ni en esta vida...* (Dirk Bogarde).

• *No es lo peor que algo suceda así, sino que pudo suceder de otra manera.* (José Hierro).

• *Los únicos muertos son aquellos a quienes hemos olvidado.* (Barlel Marcel).

• *Escribir es siempre un modo de llegar a un compromiso con la falta de sentido de la vida.* (Antonio Tabucchi).

• *La vida es memoria y, luego, nada...* (Cormac Mc. Carthy).

Raúl Teixidó. Sucre, 1943. Escritor y Abogado. Miembro de Número de la Real Academia Boliviana de la Lengua.

